

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN RETROCESO

El mundo está agitado por una ola desatada de violencia. El terrorismo en sus diversas formas aparece en todos los meridianos y paralelos sin excepción. Unas veces es utilizado para ventajas personales, de este o aquel delincuente, que busca con el chantaje, el dinero o la libertad. Otras se pone al servicio instrumental de una causa política o ideológica a la que la desesperación, por no encontrar otro camino hábil, empuja a realizar crímenes, atentados, secuestros o asesinatos para llamar la atención sobre su propósito o ejercer coacción sobre el adversario. El terrorismo aéreo por la serie delicada de implicaciones y riesgos que comporta para la vida de cientos de viajeros inocentes ha llamado la atención con más especial acento de los delegados de las Naciones Unidas, deseosos de encontrar fórmulas de universal repudio que eliminen prácticamente los países de refugio de los secuestradores de aviones, poniendo así parcial remedio a esta reiterada y grave amenaza contra los vuelos civiles.

Pero la violencia es exponente de un estado de ánimo latente en la sociedad moderna que de una parte tiene su apoyo en el gran número de problemas irresueltos que ofrece hoy la comunidad internacional y de otra en el fácil acceso a los medios de acción directa —explosivos, armas de toda clase— que de hecho facilitan el armamento de los grupos violentos. Unese a ello la extendida y profunda conciencia crítica de la comunidad contemporánea en la que se someten a revisión constante los aforos, sólidos pilares de lo establecido, entendiendo por ello, no sólo las estructuras predominantes del capitalismo o del neo-capitalismo, o del colonialismo político-económico, sino también las del marxismo ortodoxo gobernante, atacado de raíz por disidentes heréticos de toda clase y, prácticamente, en todos los países.

Pero lejoso que a este sombrío panorama de la furia desencadenada por los grupos sociales

o étnicos que se sienten oprimidos o marginados dentro de los sistemas vigentes, añade particular gravedad el ejemplo de los grandes países cuando de la defensa de sus particulares intereses se trata. La invasión rusa de Checoslovaquia para imponer, «manu-militari», la ortodoxia ideológica fue un tremendo aldabonazo en la opinión internacional. Aquí estaba uno de los supergrandes a los que la posesión del armamento nuclear impone especial y cautelosa responsabilidad, lanzándose a utilizar la violencia de la ocupación castrense para evitar un «modelo» de socialismo independiente en que los parámetros de libertad impusieran un rostro humano a la estructura del colectivismo. Fue un aplastamiento brutal de la personalidad del país y del supuesto «desviacionismo» doctrinal.

Después, ha venido la desdichada guerra del Vietnam con sus diversas y lamentables fases que ha culminado ahora en la escalada aérea norteamericana. Dícese que han caído sobre el suelo de aquel país desde que los Estados Unidos intervinieron en el conflicto, ocho millones de toneladas de bombas. También hemos sabido —¡oh, las estadísticas!— la relación que existe entre el número y peso de las bombas que se han lanzado en los días previos a la Navidad y las que cayeron sobre Gran Bretaña durante toda la guerra mundial, arrojadas por los aviones de Hitler. ¡Triste balance! La brutalidad aérea, poco precisa, a juzgar por el gran número de objetivos no programados que se alcanzaron —embajadas, hospitales, escuelas, campos de prisioneros, buques de países ajenos al conflicto— confiere un carácter más primitivo, más bárbaro a la acción. Alguien ha dicho que se trata de retrotraer Vietnam a la época de la Edad de Piedra, arrasando sus edificios, sus cultivos y sus poco desarrolladas infraestructuras para volver a los supervivientes a las cavernas o al palafito. Es, desde luego, un propósito poco eficiente que denota el que inventó la fórmula una mentalidad propia de la Edad de Piedra con garrote, hacha de sílex y taparrabos de piel de mamut.

Se nos dice que esta escalada que produjo millares de víctimas civiles no tenía un fin estrictamente militar, sino que era un simple medio de coacción al Gobierno de Hanoi para que mejorara sustancialmente los términos del acuerdo de armisticio, cediendo en determinados puntos al deseo de Washington. Pero entonces la cosa resultaba aún peor, porque si para negociar un acuerdo diplomático o político —que de eso se trata finalmente— es preciso matar de antemano, indiscriminadamente, a millares de gentes de bajo nivel de vida, que pertenecen a una cultura de subdesarrollo, el argumento es tan escalofriante que habría de revisarse y poner en tela de juicio el conjunto de principios sobre los que descansa aparentemente la entera civilización llamada por unos occidental y, por otros, cristiana, que de ambas cosas tiene. La política internacional y no digamos la política exterior de un país no se rige, ya lo sabemos, por criterios morales. Más bien diríamos que es amor en sí. Pero utilizar el bombardeo masivo de saturación como método suasorio para invitar a unos delegados a que vuelvan a la mesa de la conferencia es algo tan inconcebible en plena era nuclear, como la «diplomacia del cañonero» o las «expediciones de castigo» que se utilizaban por las potencias coloniales a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX y que hoy nos parecen, como la «guerra del opio», perfectamente anacrónicas. ¿Qué pensarían los Estados Unidos, si otra potencia para obligarles a volver a una conferencia diplomática, les bombardeara hasta el arrasamiento, Manhattan, New Jersey o Brooklyn? El escándalo llegaría hasta la Luna. Ahora se espera sin duda que pase en semisilencio esta operación, aprovechando la difícil situación agrícola de la Unión Soviética y su imperioso deseo de coexistencia militar con los Estados Unidos; las discrepancias chino-soviéticas que juegan en contra de una acción concertada en favor del Vietnam del Norte y el general deseo de los aliados y amigos de Norteamérica de ver acabado el horrible conflicto que dura ya casi treinta años. Pero lo desato-

rado de la reacción ha creado un evidente daño a la imagen internacional de los Estados Unidos que todo el mundo no comunista desea preservar y mantener intacta.

La violencia de los grandes es sin duda un mal ejemplo para los pequeños y para los millares de hombres y de mujeres que atacados del frenesí del fanatismo prenden todos los días la mecha de la destrucción a ultranza. Si los poderosos, los super-fuertes, acuden a la violencia para doblegar a los pequeños y a los débiles, ¿qué fuerza moral, qué coacción ética podrán ejercer aquéllos para constreñir a los violentos menos poderosos a que abandonen su sistema y su práctica abominable? O el mundo acepta unas normas universales de convivencia, basadas en un cimiento común de civilización o volvemos todos, no a la Edad de Piedra, pero sí a la jungla, a la ley de la selva, a la lucha por la imposición del más fuerte o del más bruto. Y ello equivaldría a un patético retroceso en el curso de la historia humana.

Napoleón decía que la fuerza por sí sola no resuelve nada y que a la postre, de las dos componentes, violencia e inteligencia, era esta última la que prosperaba. No lo sé. La historia ofrece ejemplos para todos los gustos. Lo que sí me parece evidente es que la ola de violencia en la Tierra no se amenguará mientras los que disfrutan y manejan el máximo poder de destrucción no lo sepan emplear con responsabilidad y cautela y buscándole al menos una justificación última que no suene a frivolidad o cinismo. En caso contrario, no servirá su ejemplo, sino de estímulo para cuantos quieran, irracionalmente, al servicio de causas reales o hipotéticas, destrozarse y aniquilar.

José María de AREILZA

CONTRADICCIONES

LOS LIMITES DE LA SEVERIDAD

La pedagogía del palmetazo, el azote y el coscorrón parece estar pasando definitivamente a la historia. Tanto en las escuelas como en los hogares, la educación de los crios tiende a cumplirse sin la meditación de los clásicos «castigos corporales». Personalmente, considero que el cambio merece los mayores encomios. Al fin y al cabo, las zurras dígame «propedéuticas» nunca fueron de gran utilidad. El hecho de que hoy se consigan los mismos resultados preacudiendo de ellas lo demuestra muy a las claras. En el fondo, los chicos olvidaban enseguida el golpe adocinador —eso de que sufrían «traumas psíquicos» por la paliza es algo más bien hiperbólico—, y, si acababan sometidos a la disciplina, era por simple fatiga: porque no había otro remedio. Como ahora, con los nuevos métodos. Quienes en realidad disfrutaban con la maniobra eran los papás y los maestros, quienes, a base de repartir quantazos y capones, daban un cierto desahogo a sus inclinaciones sádicas. Este es un dato a tener presente. No sé qué ocurrirá en el futuro, a medida que crezca el número de adultos reprimidos: con tanta agresividad acumulada entre pecho y espalda...

En todo caso, lo importante es que la severidad disminuye en los colegios y en los domicilios. Poco a poco, ha ido siendo sustituida por procedimientos precisamente «afables»: la persuasión, los sobornos morales, el juego. No varía demasiado el fondo del asunto, en parte. Bien mirado, «educar» consiste en «hacer que aprendan», y, a menudo, con los medios más o menos joviales a que aludo, sólo se pretende lo de siempre: que los muchachos «aprendan» algo. Por ejemplo: leer y escribir, la maquiación de los números, geografía, y todo eso. Quizá los programas actuales no son tan recargados como los de años atrás. En mi época, todavía nos obligaban a «memorizar» la lista completa de los reyes godos, la de los profetas mayores y menores, la de los cuerpos simples y su peso específico. Ignoro si a los niños de hoy les meten en la cabeza estas noticias: estoy seguro de que, si no son las mismas, serán otras por el estilo. Es lo que se llama la «cultura». Que, luego, aprovecha para que sus víctimas puedan ejercer algún oficio, u obtener algún beneficio, e ir tirando. De momento, aún no se ha inventado el truco glorioso que obvie esta fatalidad. La única alternativa es la de trabajar picando piedra o cavando la tierra.

Pero la «educación» no sólo implica un aprendizaje de conocimientos. Tanto o más que «saber» se ha procurado inculcar a los chavales un tipo determinado de «conducta». No hará falta subrayar el equívoco: entre la «educación» y la «buena

educación» existe un punto de identificación muy visible. Y la severidad, en esa confluencia, se convierte en fin: una persona bien educada acostumbró a ser una persona severa. No hablo ahora de «moral», sino de «etiqueta». Aunque ha habido tiempos y sociedades en los que lo uno y lo otro, la ética y las «buenas formas», coincidieron o se confundieron, también los hubo de disidencia, y hasta de oposición. Esto es secundario, en última instancia. De un modo u otro, se establece un módulo de comportamiento, y se le convierte en primera asignatura. Antes que aprender a leer y a sumar, aprendemos a dominar nuestros propios esfínteres: nos enseñan a dominarlos. Se empieza por ahí: por el control de la fisiología personal. A los niños se les acostumbra a hacer sus necesidades según unas normas, porque la convivencia descansa sobre un mutuo convenio de reservas y respetos. Más tarde, lo demás: cómo manejar los cubiertos en la mesa, cómo saludar a la gente mayor, cómo disimular el tedio en una visita. Un paso más, y la moral aparece: entre las «reglas de urbanidad» y el Decálogo no había transición.

La severidad auténtica surgía por este lado. Y por este lado, justamente, se relajan los resortes. No ha de sorprender a nadie que la juventud más reciente se tome libertades aparatosas. Los viejos fruncen el ceño, pero contemporizan. Y una alegre «ligereza» fluye por los cerebros y los pasillos del vecindario. Todavía no es gran cosa, pero todo se andará... Y el problema se extiende a terrenos muy diversos: el protocolo, las penitenciarías —es la fábula escandinava, desde luego—, los entrenamientos preconyugales. Etcétera. Los comentaristas doctos y los reporteros astutos han exagerado un poco la situación. No es tan fiero el león como lo pintan, por desgracia. Medir el grado de desventoladura de los hábitos corrientes de la ciudadanía a través de estas referencias puede ser engañoso. Faldas cortas, tacsos a mansalva, fornicaciones furtivas, impertinencias verbales, con ser abundantes —si lo son—, todavía no abarcan el horizonte de la vieja «severidad».

Y lo que es peor: en todas las latitudes, sean éstos o los otros los regímenes imperantes, una nueva «severidad» se cierne. La suprema «ratio» del «orden público» funciona de manera implacable. Comisarias y tribunales vigilan: con sus códigos y sus instrumentos de acción, imponen su criterio. Hojeando los diarios, uno se entera de lo que acontece en tal o cual país, sea socialista, sea capitalista, sea esa torva per-

duración feudal que son los pseudosocialismos de la Descolonización. El mundo está lleno de cárceles, de campos de concentración, de ficheros amenazadores, de artefactos cohibitivos. La severidad se ha acentuado, por esta perspectiva. Ni Fouché llegó a tanto, incluso en las áreas demoliberales... Y uno queda perplejo ante la contradicción. La sociedad afloja los tornillos de su riga a escala privada, y los retuerce y acogota en las previsiones públicas... Quizá venga un día en que, para cubrir las plazas de autoridad, habrán de acudir a fulanos peludos y de vestimenta varlopianta. El relevó generacional va por ahí. Tal vez entonces se concilien los antagonismos...

Joan FUSTER

P. S. — Un amable comunicante, firmando J. C., aportó a «La Vanguardia» (19, XII, 1972) unas puntualizaciones a mi artículo «Los sueños del doctor Freud». Frente a mi afirmación de que Freud se desinteresó de «los nervios de sus pacientes» —con todo lo que ello comportaba—, el señor J. C. recuerda los trabajos de la primera época del médico vienés, como investigador del sistema nervioso. Desde luego, nadie niega ni olvida esta etapa de juventud de Freud. Pero hay que advertir, enseguida, que Freud, en cierto modo, casi llegó a abjurar de ella: al parecer, más de una vez confesó a sus discípulos la poca o nula estima en que tenía sus primitivos estudios acerca de la «medulla oblongata». Y aun eso sería lo de menos. Lo que importa, y lo que yo pretendía subrayar, es que Freud, el Freud-freudiano, el teorizador del Psicoanálisis, ni clínica ni doctrinalmente volvió a tomar en cuenta el soporte «material» de lo que, para entendernos, llamaremos el psiquismo humano. Esto me parece indiscutible, y basta hojear sus papeles para verlo. Una cita, además, para redondear mi sospecha: «Recuerdo exactamente cuánto tiempo y esfuerzo dediqué a su estudio (i. e.: el del bulbo raquídeo) hace varios años. Pero ahora debo decir que no sé de nada más indiferente a la comprensión psicológica del miedo que el conocimiento del camino nervioso atravesado por sus excitaciones». Es toda una confesión, y denuncia una actitud resuelta. Naturalmente, no seré yo quien se meta en camisa de once varas para medir el valor «científico» que pueda tener. Lo único cierto es que, al menos en sus formulaciones teóricas, y hasta en su praxis terapéutica, Freud tuvo más de «metafísico» que otra cosa. Dicho sea con todos los respetos. — J. F.



FIN DE AÑO
CENA A LA CARTA

Disfrute de la espectacular iluminación de Barcelona, desde el Restaurante mirador (9.ª planta) del

MANILA HOTEL

Parking gratis en el Garaje del Hotel

Ramblas, 111. Tel. 232-04-00

(Reserve su mesa con antelación)

TENGA LA HISTORIA EN SU PODER

adquiriendo un DOCUMENTO ANTIGUO. Disponemos de todas las poblaciones de Cataluña. El mejor obsequio para NAVIDAD. Deleg. Lauria, 102, pral. 257-80-44

¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en
OPTICA CLARAMUNT
PINO, 6
Gafas selecta y económica

PERDIDO

el día 29 de diciembre de 1972, zona Pza. Molina a Puerta del Angel, pendiente brillante y perla. Se gratificará abundantemente por ser recuperado de la milla. Llenar al 2553333 (Incafonas) o al núm. 215-1034 (Coca).



EMPRESA CONSTRUCTORA FERNANDO GRANELL, S.A.

TELEF. 253 22 04 - MALLORCA, 200, PRAL. - BARCELONA - 11

¡HERNIADOS!!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierros ni flejes, sólo posea 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bane por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida, mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP», Travesera de Gracia, 10, pral. (junto Plaza Calvo Sotelo), BARCELONA. Consulte a su médico. (C. P. S. n.º 1322.) Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.